

EL PARAÍSO VIVE EN LA
MEMORIA

Juan Eduardo Oda

El contador de historias

EL POETA DE LA ACCIÓN

Este mundo no necesita más poetas de la palabra, necesita más poetas de la acción.

Poetas de las palabras tenemos muchos, que hilvanan unos lindos vocablos de amor, sacan suspiros en varias latitudes... pero al segundo siguiente, traicionan a sus versos, a la mujer que está a su lado —o aún peor— a su familia.

Esto lo digo, pues me solía sorprender que Mario Benedetti hubiese estado casado por 60 años, aunque, a decir verdad, entre más lo conocía a través de sus palabras, menos me asombraba.

Mario se casó con Luz un 23 de marzo de 1946.

Era tímido el hombre —tardó seis años en declararse— y ella un minuto y medio en aceptar. Pero hubo un gesto de Luz que lo conmovió y lo atrapó para siempre.

Mario yacía destrozado en una cama después de semanas de darle la batalla a un tifus rebelde, olía como un animal enjaulado, sus labios estaban resecos y su aliento era un insecticida letal. Llegó Luz, se acercó a él y en un antihigiénico acto, se inclinó y besó su boca.

Desde ese día Marito supo que su vida sólo sería vida encadenado al corazón de esa mujer.

La historia no ha cambiado mucho, siguen juntos en un pasillo del cementerio central de Montevideo, disfrutando esa parte mágica de la vida que se vuelve indestructible gracias al amor.



EL INFIERNO DE JUDITH

Si uno mira el cuadro “Judith degollando a Holofernes” puede pensar que es la historia de ese evento bíblico sobre el general asirio que quería vengarse de los judíos y que Judith sedujo para embriagarlo y —ya dormido y borracho— dejarle un liberador corte en su cuello.

Corte tan profundo que cuenta la historia que Judith llegó arrastrando la cabeza del militar a su pueblo.

Esa es la mirada evidente, pero no la más profunda...

Este cuadro es de Artemisia Gentileschi, su padre —también artista— le enseñó los secretos de la pintura, pero además le pidió a su amigo Agostino Tassi que continuara con la formación de su hija. Este hombre casado, muy por el contrario, se aprovechó de la cercanía y la confianza depositada en él para violar a su alumna. Su caso es bien conocido, pues aún se guardan las actas del juicio que condenaron al animal a breves ocho meses en la cárcel.

A los pocos días Artemisia pintó esa obra maestra. Tenía apenas 18 años.

Si usted aún cree que el cuadro es sobre Judith y Holofernes, le sugiero se lo replantee. Son los demonios de Artemisia buscando en la pintura la merecida venganza que la vida no le supo dar, es más profundo que una historia mitológica, son pasiones ahogadas en el pecho de una niña-artista.

El arte fue su terapeuta, juez y liberador.



PIAZZOLLA

En Puerto Rico, junto a su bandoneón y a los bailarines Juan Carlos Copes y María Nieves, Astor Piazzolla se preparaba para una función más. Pero el destino no permitió que fuese una jornada común y corriente.

Ese día fallece su padre a los 66 años en Mar del Plata, Argentina.

Piazzolla —que entendía el arte como un homenaje— no se retiró a llorar a la pieza de su hotel: esa noche era la noche de su padre y frente al público y desde su corazón malherido sacó sonidos profundos a su bandoneón.

Cada nota era una caricia al hombre que lo amó y educó.

Sus bailarines cuentan que al final del espectáculo Astor les tomó las manos como un náufrago que busca no hundirse en la espesura del dolor. De su duelo, del orgullo de haber sido hijo de Vicente, Astor escribe uno de los tangos cumbres de la música del siglo XX: “Adiós Nonino”. Nonino, como él llamaba a su papá.

El hijo de Astor recuerda: “Papá nos pidió que lo dejáramos solo durante unas horas. Nos metimos en la cocina. Primero hubo un silencio absoluto. Al rato, oímos que tocaba el bandoneón. Era una melodía muy triste, terriblemente triste”.

Vicente, Nonino, le compró en una casa de empeño en Nueva York un bandoneón a Astor cuando él tenía apenas seis años.

Ese modesto bandoneón comenzó siendo el regalo para un niño y terminó como un presente para toda la humanidad.



BRUNO EN LA LUNA

Tembláis más vosotros al anunciar esta sentencia que yo al recibirla.

Giordano Bruno

Lo habían condenado a morir quemado en la hoguera y Giordano Bruno los miró con absoluto desprecio antes de escupirles su famosa frase.

Pocos habían enfrentado así a la inquisición romana, con tanta dignidad como lo hizo Giordano. Su crimen, su herejía, fue decirles que la Tierra giraba alrededor del sol y que las estrellas no eran más que otros soles —en un universo infinito— que tenían también sus planetas.

Aunque lo que realmente lo condenó sin más, fue pensar que Jesús no era un dios, sino un mago y que podían encontrarse tantos dioses como astros. Como si fuera poco, también nos habló de la relatividad en un mundo que siempre quiso engañarse con los absolutos.

Era astrónomo, filósofo, teólogo, matemático, sacerdote dominico, pero, sobre todo, un poeta.

Cuando en los albores del siglo XVII —desnudo y amarrado a un poste— las llamas empezaron con lentitud a devorarlo, no emitió ningún alarido de dolor, ni mostró el más mínimo arrepentimiento. Su valentía fue la mejor última estrofa en una vida llena de poesía cósmica.

Cada noche Giordano se esconde en la luna, en un cráter que lleva orgulloso —en su honor— su infinito nombre.



GAUDÍ

El siete de junio de 1926 un indigente indocumentado yacía inconsciente sobre una calle de Barcelona.

Lo había atropellado un tranvía y la gente pasaba a su lado, nadie hacía nada: ¿Para qué? Un mendigo ni en sueños iba a poder pagar una clínica. Estuvo mucho tiempo tirado en la calle, hasta que de mala gana lo llevaron a un hospital. Ya era tarde, se había perdido tiempo valioso y este pobre hombre falleció tres días después.

En el hospital un capellán lo observó, una vez, dos veces, no lo podía creer: agónico sobre la cama estaba uno de los genios arquitectónicos de la humanidad.

Era Antoni Gaudí.

El hombre que aprendió a desafiar las formas, el asceta que buscó la comunión con Dios y por eso se alejó de todo lujo, incluyendo el vestir.

Murió en el apogeo de su creatividad.

Así Cataluña —ahogada en sus prejuicios— abandonó a su genio de las curvas, al creador de las figuras mágicas de la iglesia Sagrada Familia, obra destinada a besar al cielo y que lleva más de un siglo en construcción.

Barcelona dejó morir a un hombre tirado en sus calles, sin imaginar que enterraban en su obscena indiferencia al gran artista de esa ciudad.

Al funeral fueron multitudes, ya importaba muy poco. Gaudí había muerto...



LAS MANOS

Hoy hice el ejercicio de mirar una de mis manos por un buen rato.

La empuñé, la abrí, separé los dedos, los volví a juntar y así me entretuve, como un pelotudo.

Algunos piensan en las manos como una herramienta práctica: agarrar, presionar, empujar, golpear y cuantas cosas más. Pero pocas partes de tu cuerpo cargan más emociones que las manos, esas manos que tu mamá tomaba con las suyas al ir al colegio, esas manos que recorren la cara y el pelo de tus hijos cuando lloran desconsolados, o las mismas manos que alguna vez escribieron con letras inseguras en un cuaderno infantil.

Cuánto cariño oculto hay en unas manos, tanto amor cotidiano, tantas veces invisible.

En realidad, yo quería hablar de Albert Dürero que fue un artista alemán del siglo XVI que pintaba bellas manos, pero antes de empezar a escribir me distraje asombrado con mis propias manos, así que el bueno de Dürero tendrá que esperar, pues mis manos hoy escriben un homenaje a ellas mismas y a las muchas manos que sostienen este mundo.

Pero, principalmente a las manos de una abuela, que llevan en ellas toda la historia de una vida, y es cada instante —de sus muchos años— los que te abrazan cuando ella te acaricia. Sus manos son el mejor embajador que ese amor profundo haya podido alguna vez elegir.

